

FILOSOFÍA POLÍTICA EN JOSÉ MARTÍ

Alberto Velásquez López
Ada Bertha Frómeta Fernández

Esteban Valderrama
Óleo sobre tela
S/T 1951

Colección del Museo Nacional de Bellas Artes

La filosofía política comporta en sí un tipo específico de conceptualización donde el hombre analiza, compara, define nexos y se ve en la necesidad de realizar definiciones acerca de las relaciones y la esencia de la política para poder proyectar su actuar como sujeto político.

Es la filosofía que aprehende la realidad sobre principios teóricos generales referidos al hombre y la dinámica social que establecen las clases sociales y las instituciones políticas, propugna un modo concreto de explicar el desarrollo de la sociedad y de la política en especial, a partir de lo deseable o el deber ser, mediante conceptos tales como justicia, democracia, virtud, ciudadanía, gobierno, libertad, etcétera. En todo hombre, sobre la base de su experiencia se conforma una concepción política en la que los conocimientos unidos a la herencia cultural orientan formas concretas de actuación y de planteamientos de aspiraciones personales y colectivas ante problemáticas trascendentes.



La política es una forma de relación social donde intervienen los individuos regidos por intereses que se manifiestan en la acción de las clases sociales alrededor del poder político. Como forma de la conciencia social, refleja los vínculos entre los individuos, las clases y el gobierno, quienes mediante ideas, concepciones e intereses reproducen las relaciones sociales (entre naciones, gobiernos, grupos sociales, etnias, etcétera) y las contradicciones socioeconómicas en un momento histórico concreto.

José Martí no presenta un cuerpo teórico a la usanza occidental. Como pensador latinoamericano, continúa la tradición de exponer sus concepciones alrededor de los problemas más cercanos al hombre y sus causas, que es lo que entendió por filosofía: "Filosofía es el conocimiento de las causas de los seres, de sus distinciones, de sus analogías y de sus relaciones."¹ Al decir de varios autores, no partió de una teoría, sino de una axiología. Hay en él una

filosofía expresada en disímiles formas y modos, pero siempre penetrando en las esencias o buscando sus vías de acceso. Le interesa el hombre, su subjetividad, en relación con la naturaleza y la sociedad.

Los valores nacen del conocimiento y la práctica social, y adquieren una connotación tal que devienen entes en unidad indisoluble y en relación recíproca. Martí busca la ley del progreso humano, su ascensión y trascendencia a partir de un sentido de lo real e histórico como proceso donde la patria y la América nuestra son los puntos hacia donde dirige su concierto. Para él el hombre y la naturaleza están interrelacionados pues:

- El hombre es un ser natural y social, pero no es la naturaleza misma aunque la reproduzca.
- El hombre produce y reproduce las ideas en correspondencia con la época que le toca vivir y la realidad que le sirve de fundamento.
- La naturaleza sella la personalidad del individuo o pueblo que la habita.
- La vida es una continuidad de hábitos y deberes. El hombre se debe a su pueblo.

En *La Edad de Oro* sentencia:

[...] Estudiando se aprende eso: que el hombre es el mismo en todas partes, y aparece y crece de la misma manera, y hace y piensa las mismas cosas, sin más diferencia que la de la tierra en que vive, porque el hombre que nace en tierra de árboles y de flores piensa más en la hermosura y el adorno, y tiene más cosas que decir, que el que nace en una tierra fría, donde ve el cielo oscuro y su cueva en la roca.

Y continúa en este mismo párrafo con una conclusión de importancia cardinal para comprender su concepción antropológica: "Y otra cosa se aprende, y es que donde nace el hombre salvaje, sin saber que hay ya pueblos en el mundo, empieza a vivir lo mismo que vivieron los hombres de hace miles de años."²

Ve la cultura como un proceso de reproducción y creación de la vida humana cuyo contenido auténtico lo aporta su servicio al progreso social. En su concepción la historia real, del hombre y para el hombre, es inseparable de la cultura: "Los hechos legítimamente históricos son tales, que cada uno en sí, a más de reflejar en todo la naturaleza humana, refleja especialmente los caracteres de la época y la nación en que se produce; y dejan de ser fecundos, y aun grandiosos, en cuanto se apartan de su nación y de su época."³

Desde el punto de vista conceptual, para Martí lo cognitivo dentro de la filosofía política consiste en la aprehensión constante del hombre como objeto y sujeto del conocimiento. Objeto, en tanto se requiere conocer sus necesidades, gustos, aspiraciones y motivaciones. Sujeto, porque es el propio hombre quien aprehende la realidad social y natural en la lucha por satisfacer

sus necesidades y materializar aspiraciones. La esencia del problema está en cómo se expresa esta dialéctica en el conocimiento político. El conocimiento como resultado de la práctica política presupone un sistema de ideas, aspiraciones, sentimientos, tradiciones y fines definidos y contemplados, los cuales conforman la actitud del hombre hacia la toma de partido en correspondencia con el lugar que ocupa en la comunidad y en el propio sistema de relaciones sociales.

Lo nacional, que se define en lo histórico-social, determina en última instancia la herencia cultural y la relación con la colectividad. Todo ello se expresa a través del sentido de pertenencia e identidad que se logre cultivar de generación en generación, y es el medio idóneo y básico para despertar el pensamiento político y la participación real del individuo en las creaciones políticas.

La política se realiza a través de acciones dirigidas por ideales y reguladas por normas éticas y el conocimiento de los hombres. Martí concibe al hombre concreto con deberes, comprometido con el bien, lo justo, lo bello y lo verdadero, todo lo cual permite despertar intereses, sensibilidades y afirmar valores en la conducta real y concreta, que solo se cultivan en acciones prácticas.

Conocimiento y valor en la filosofía política, para un hombre de acción como Martí, constituyen una vía para realizar las necesidades del cambio. Es difícil que en sus cartas, artículos y discursos no se detenga en varios momentos a exponer valoraciones que constituyen el tronco de su concepción filosófica de la política.

En Martí la marcha de los acontecimientos históricos de su época y las circunstancias por las que tiene que transitar le aportan una serie de vivencias que necesariamente se reflejan en el curso que toma su vida y en las formas específicas con que interpreta la realidad política.⁴ Entre los hechos más significativos están la Guerra de los Diez Años, el presidio político, la deportación a España en momentos de importantes contradicciones políticas en la metrópoli, la residencia en varias de las jóvenes repúblicas latinoamericanas y en Estados Unidos de Norteamérica, así como su papel en la organización e inicio de la Guerra del 95. La sociedad colonial en la segunda mitad de siglo XX se encuentra sumida en el atraso científico-técnico, derivado de las restricciones impuestas por la metrópoli. El régimen se hace cada vez más intransigente y los hacendados criollos se limitan a pedir reformas, mientras que en los campos orientales se combate por la independencia.

Al llegar Martí a España, a raíz de su primera deportación en 1887, se encuentra con un panorama caracterizado por el desarrollo del positivismo, dominado por las ideas de Augusto Comte y Herbert Spencer. El krausismo es uno de los pensamientos más importantes y por su profundo contenido humanista encuentra gran cantidad de seguidores. En la filosofía de Krause, lo

positivo que observa Martí es que pone al sujeto y al objeto en relación.

La filosofía política de Martí, por ser parte de su filosofía general y concepción unitaria del mundo, en tanto filosofía de relación, se expresa en la comprensión de la política como actividad humana que ha de conllevar a la armonía y el equilibrio entre los hombres, a través de la participación consciente que sobre bases éticas hacen de la vida virtuosa.

Durante su estancia en la metrópoli, Martí se percata de que América Latina y España son dos realidades diferentes y que nunca la metrópoli le dará la independencia a Cuba, sino que tendrá que ser conquistada, tal como lo hicieron las naciones americanas. Valora el movimiento político alrededor de la república española y en su artículo "La república española ante la revolución cubana", considera que los republicanos, al oponerse a la monarquía, no conciben la solución del problema colonial, sobre todo con respecto a la situación de Cuba. El texto es una denuncia del abuso de poder, el menosprecio de los ideales populares y la continuación del colonialismo en Cuba.

Martí, a la vez, toma conciencia de la necesidad de que los pueblos latinoamericanos y caribeños logren su desarrollo por vías propias, en correspondencia con sus realidades sociales, políticas y económicas, sin imitar ni copiar fórmulas foráneas y evitando el camino históricamente recorrido por la sociedad estadounidense, que llevó al Apóstol a afirmar, en fecha tan temprana como diciembre de 1870: "Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!"⁵

En México, Guatemala, Cuba y Venezuela, lugares donde reside Martí desde 1875 a 1881, el pensamiento positivista se ha ido constituyendo en expresión ideológica de la naciente burguesía industrial, lo cual significa un paso de avance en relación con las concepciones escolásticas y una vía para salir del atraso. Es en esos años cuando se inserta profundamente en la vida social, cultural, política y artística de los pueblos de la región y aparecen en él los conceptos de latinoamericanismo, hispanoamericanismo, americanismo y nuestra América. Aquí participa en debates filosóficos y políticos donde critica el positivismo, el pragmatismo, el dogmatismo y la permanencia de hábitos españoles en la vida latinoamericana, como son el caudillismo, las tiranías y el abandono de las amplias masas, entre ellas la que integran los indios, que en esos momentos constituyen la población mayoritaria y más discriminada.

De gran valor para la maduración del pensamiento político del Apóstol es el contacto que llega a tener con el proletariado mexicano que en esos momentos realiza importantes acciones. En diferentes crónicas deja constancia de una concientización sobre los problemas del capitalismo y sus particularidades en América Latina.⁶

A diferencia del liberalismo político de su época⁷ –como el de los

autonomistas, en el caso concreto de Cuba, que desechaban la fórmula popular y cualquier vía de desarrollo a partir de nuestra propia realidad y fuerzas—, Martí plantea tener en cuenta el papel de las masas y los pobres como ejecutores principales en los procesos sociales y merecedores del bien común. Es una concepción ética de la política fundamentada en la libertad y la justicia que adopta como norma imperativa el cumplimiento del deber moral y el ejercicio de los derechos naturales del hombre, que han de propiciar una participación consciente y creadora en la sociedad. Para él, la política es un conocimiento esencial de y para la vida colectiva, por lo cual el hombre debe consagrarse a construir la historia en la búsqueda de la armonía y el equilibrio entre sus semejantes.

Antes de 1880, no encontramos en Martí definiciones sobre el concepto de política con la profundidad que alcanza posteriormente. Su acercamiento al concepto está relacionado con aspectos como la libertad, la felicidad, la justicia, el antiesclavismo, la independencia, la lucha entre los partidos políticos y el caudillismo, tratados en correspondencia con las tareas de esos momentos, en que todavía sus ideales de redención no se han nutrido de las experiencias que posteriormente adquirirá y que contribuirán a obtener una visión más integral de los procesos políticos.

Al llegar a Estados Unidos, el panorama político es totalmente diferente a lo conocido en Europa y el resto de las Américas. Allí se impresiona con el desarrollo económico y el sistema político existentes. En *The Hour* de Nueva York, del 10 de julio de 1880, expresa: “Estoy, al fin, en un país donde cada uno parece ser su propio dueño. Se puede respirar libremente, por ser aquí la libertad fundamento, escudo, esencia de la vida [...] Nunca sentí sorpresa en ningún país del mundo que visité. Aquí quedé sorprendido [...]”.⁸ En el mismo texto, Martí llama la atención sobre problemas sociales como la emigración, el deber de los políticos hacia la nación y el tipo de hombre que se forma. Le impresionan las libertades que allí observa por primera vez, pero deja sentadas sus preocupaciones hacia el futuro de esa nación, y hace sentencias claves para la lucha política y también para la elevación de la cultura política del continente latinoamericano.

Momentos importantes en la radicalización del pensamiento martiano lo constituyen los años en que las convulsiones sociales se manifiestan en las luchas obreras frente a los patronos capitalistas, por el establecimiento de las jornadas de ocho horas y otras mejoras económicas. Las valoraciones sobre estos acontecimientos y, en especial, los sucesos de Chicago en 1886, muestran una maduración de su pensamiento social al comprender que el modelo liberal es incapaz de solucionar los problemas humanos y del desarrollo social.

A partir de 1888, y sobre todo en 1889, Martí se define antimperialista en sus producciones políticas y sociales. Aprecia que el imperialismo como proceso conduce a la autodestrucción de los seres humanos. También se percata del peligro que significa este para la identidad y la independencia de los pueblos

de nuestra América. En los escritos realizados alrededor de la Conferencia Panamericana de Washington de 1889 y en la Conferencia Monetaria Internacional de 1891, se evidencia la crítica a la política hegemónica de Estados Unidos y su peligro para los países latinoamericanos y caribeños.

La degradación moral de la sociedad norteamericana y su carácter expansionista, propician que Martí avizore cómo esta nación constituye un peligro para la independencia de Cuba, de ahí que su labor como dirigente político lo lleva a comprender el verdadero alcance que debe asumir la revolución, que no solo significa el logro de la independencia de España, sino evitar que Cuba se convierta en una posición colonial de Estados Unidos. Razón suficiente para plantearse la necesidad de la preparación rápida de la guerra, lograr la unidad revolucionaria y crear el 10 de abril de 1892 el Partido Revolucionario Cubano, para evitar a tiempo el dominio imperialista y su expansión por el resto de América.

Martí estuvo influido, principalmente, por los pensadores Ralph Waldo Emerson, figura fundamental del trascendentalismo, y el socialista agrario Henry George. El primero le aporta una concepción del mundo esperanzada en la solución de los problemas humanos del capitalismo, y el segundo, realiza propuestas concretas para la solución del problema de la tierra y la propiedad. Es en esta etapa Martí lleva el ritmo más intenso de su vida como hombre de acción política y guía ideológico del movimiento liberador cubano, todo lo cual le aporta una serie de condiciones para la maduración de su pensamiento filosófico en general, y en especial en cuanto a la filosofía política. Con ello realiza importantes aportaciones al pensamiento cubano y continúa la tradición electiva de nuestra filosofía, sobre bases nuevas. Critica la modernidad, a la que juzga, asimila y trasciende mediante un análisis que no la niega o la rechaza en términos absolutos, pero que tampoco la convierte en paradigma para su implantación a toda costa en América Latina.⁹ Se trata de encontrar en la práctica histórica de la región el proyecto de transformación y de desarrollo social y económico, capaz de imponerse por la razón como estrategia de liberación frente al naciente imperialismo.

En la concepción martiana de la política, la relación individuo-sociedad se concibe como la parte y el todo, donde cada elemento desempeña funciones específicas que a la vez se constituyen en una comunión de ideales alrededor de los problemas del hombre y el progreso. Solo exalta la actividad de individualidades cuando se corresponden en grado sumo con las necesidades sociales. No disuelve lo individual en lo colectivo, pero lo colectivo tiene supremacía, que para él nunca es una clase o grupo social, ni su propio partido, sino todos los hombres que fomentan una cultura propia, como reflejo de las necesidades de la patria.

En reiteradas ocasiones, Martí se detiene en el contenido de la política como actividad, ciencia, cultura, estrategia, arte, en las que ofrece una visión dialéctica, fundamentada en sus conocimientos de la dinámica social. Se aprecia que en la evolución de su ideario político, hay dos rasgos esenciales

que a la vez están presentes en su conceptualización de política: a) desde su juventud observa el valor de la actividad política para la solución de los problemas de Cuba, y encamina todas sus acciones por esta vía; y b) no se aferra a ningún modelo político, solo toma sobre bases críticas lo que considera correcto y valioso para alcanzar sus fines políticos.

Al proceso de radicalización del pensamiento martiano contribuye el desarrollo de las ciencias, entre ellas las sociales, así también, la sociedad capitalista que sumida en profundas transformaciones avizora la mayor agudización de sus contradicciones y la carencia de una perspectiva justa. Todo lo cual es fácil de ver por el agudo observador. El primer aspecto que aprecia Martí en la política es su condicionamiento ético, como deber del hombre sensato, que ha de corresponderse con los mejores ideales de su tiempo: "No se llame radical quien no vea las cosas en su fondo. Ni hombre, quien no ayude a la seguridad y dicha de los demás hombres [...]."¹⁰

Para Martí la política es un fenómeno cultural, donde la moral y la justicia tienen como valor supremo al hombre. La importancia de los valores políticos está en la medida en que el pueblo luchador, a través de ellos, es capaz de conquistar para su dignificación la libertad y la transformación de la realidad nacional. Concibe la diversidad integrada en la unidad, guiado por un objetivo único: la libertad del hombre sobre la base de la independencia. Aporta un análisis dialéctico al problema nacional cubano, ajustado a las condiciones de la época.

Según Martí, la política es la "ciencia" de articular los factores sociales diversos para garantizar la independencia nacional, la libertad y la dignidad de los integrantes de la nación, por ello la unidad es el principio rector de su actividad política y se sustenta en la definición de intereses ideológicos colectivos. Esta es su aspiración en cuanto al proceso revolucionario que organiza, y se apoya en el Partido Revolucionario Cubano para alcanzar la anhelada unión de los patriotas.

Dentro del contexto del pensamiento republicano, Martí presenta un proyecto nuevo, de amplia participación de las masas, que contiene en sí los ideales más progresistas para la época, al considerar a las masas como las ejecutoras y beneficiarias del cambio. El proyecto de la república con todos y para el bien de todos, eleva su concepción de la política redentora donde la dignidad nacional es el arma fundamental para enfrentar los intentos de recolonización, dignidad que le aporta la prosperidad y la participación democrática y popular de todos los habitantes de la nación.

Un acercamiento a la comprensión martiana de la política y su manifestación en el poder como relación, permite apreciar varias determinaciones de la actividad humana en esta esfera, y la riqueza y trascendencia del humanismo martiano. El poder político es un tipo de relación social en la cual el sistema institucional, junto a normas, principios e intereses, garantiza un determinado grado de sujeción social, en el que las relaciones de dominación, hegemonía y

resistencia caracterizan la dinámica política de la sociedad.

La democracia es una forma de poder distinguida por el grado de participación de los diferentes componentes socioclasistas en la vida política, y comprende la forma en que los individuos, sectores o la sociedad en su conjunto disfrutan los resultados sociales y las condiciones materiales y espirituales con que cuentan. Tanto la democracia como el poder político tienen un profundo carácter clasista, pues están determinados por los intereses de las clases que desempeñan el papel hegemónico en la sociedad.

Las concepciones martianas acerca del poder político y la democracia son desarrolladas a través de la crítica al poder colonial español, así como a las formas de gobierno que se instauraron en las nuevas repúblicas latinoamericanas y las relaciones de poder en Estados Unidos, todo lo cual le permite proyectar una nueva forma de república para Cuba.

Comprende que el problema nacional requiere una solución y lo fundamental es erigir un gobierno que garantice la libertad política como premisa para alcanzar formas más amplias y perfectas de emancipación humana, donde el estatus de la condición del hombre sea el móvil que lleve a toda la sociedad a velar por este fin, que es crear las condiciones para que el individuo conquiste y despliegue sus facultades: "El gobierno de los hombres es la misión más alta del ser humano, y solo debe fiarse a quien ame a los hombres y entienda su naturaleza [...]"¹¹ También considera que: "El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma de gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país."¹²

El fundamento ético de todo el pensamiento martiano es el instrumento que utiliza para exponer lo que considera como el verdadero poder político, que materializa ideales justos. A ello consagra su vida en una lucha de ideas acerca del gobierno y aporta una concepción nueva del poder político que no es el gobierno como administración, sino como defensor de ideales de emancipación por igual para toda la sociedad.

En 1887, en carta a Manuel Mercado, le dice: "[...] el poder en las Repúblicas solo debe estar en manos de los hombres civiles."¹³ Es conocido cómo ya en los momentos finales de la preparación de la guerra, en sus intercambios con Antonio Maceo y Máximo Gómez, él aboga por la unidad del mando civil y el militar, no obstante considera las diferencias de las formas de dirección en la república con respecto a los ejércitos.¹⁴ Sin embargo, los principios democráticos de organización y funcionamiento defendidos en los documentos del Partido Revolucionario Cubano, en cuanto a derechos se refiere, aseguran que, una vez alcanzado el triunfo, todos los factores participen equitativamente en la república.

En la conceptualización martiana de Estado, se nota que el término es

utilizado en menor cuantía en comparación con los de gobierno y poder político. Sin embargo, podemos apreciar que su uso se hace sin grandes distinciones de contenido, todo lo cual nos lleva a enfocar nuestras valoraciones hacia las relaciones de dominación y autoridad, autoridad ética y consenso. Se trata para él, de dar una fundamentación lógica e histórica a un proyecto posible de comunidad ético-política. La justicia social es la norma que viabiliza la realización del individuo y la nación. El gobierno se ha de conformar a través de una convención recíproca sobre fundamentos ideológicos bien definidos y en correspondencia con las condiciones naturales y la historia patria, en la que se tenga por base la razón de todos y en todos los órdenes sin imposición, pues el problema fundamental no está en cambiar las formas, sino en el cambio de espíritu.¹⁵

El gobierno ha de responder a la voluntad general, que es el interés colectivo. De no ser así, limita la libertad e igualdad de intereses particulares e individuales: "Viene bien que el que ejerza el poder sepa que lo tiene por merced y por encargo de su pueblo, como una honra que se le tributa y no como un derecho de que goza."¹⁶

Aunque una cosa es la igualdad establecida por la ley y otra la condición real del ciudadano que le permite sentirse representado y protegido por la ley, para Martí, el poder está en el grado de participación que alcanzan los individuos en los designios de la nación. A diferencia de los racionalistas, no considera al Estado como representante de la máxima racionalidad y por esta razón debe situarse por encima de la sociedad para dirigirla. Para él, el Estado debe surgir del pueblo y dirigir con el pueblo, que es realmente quien sabe elegir a sus mejores representantes. La relación entre gobierno y pueblo es real cuando ambos constituyen fuerzas activas, considerables, visibles. Pues "solo gobierna a los pueblos quien los refleja".¹⁷

La autoridad moral y la legitimidad del poder significan amplia participación de las masas. Desde esta perspectiva, concibe el poder como la capacidad para estimular la conducta y no para imponer el control, se legitima al estar basado en el consenso por la coincidencia de intereses y no por la tolerancia servil. El gobierno tiene el deber de cultivar la virtud en los hombres, ajustado a leyes naturales y a la armonía entre las determinaciones y los deberes. El contenido de cada gobierno y su forma han de estar en correspondencia con los elementos naturales, pues la misión de los gobernantes es acomodar equilibradamente los distintos elementos del país.¹⁸

Al igual que Martí promueve la libertad en la acepción más amplia de la palabra, aboga por la libertad de la política con respecto a la religión y otros dogmas que en determinados momentos han servido para afianzar el poder. Esto sólo se puede lograr a través de la presentación de un proyecto que identifique intereses comunes y sea constructor de espacios desalienantes en el análisis del problema humano y nacional. De hecho, el éxito de la república no se encuentra en las instituciones políticas y jurídicas, ni en la mera unión

de los hombres, sino en los logros éticos que hacen de la multitud de seres una unidad orgánica, una república que ha de ser ética si alcanza el nivel de justicia que exige el progreso humano.

Martí, aunque reconoce la existencia de las clases sociales y sus diferencias, no se detiene en analizar el papel de la lucha de clases en el desarrollo social, pues para él el conflicto de las clases no es lo más importante; piensa que en la medida en que la economía se oriente hacia la justicia se hace más funcional la sociedad, por ello se ha de evitar monopolizaciones de las producciones y propiedades. O sea, aunque ve el fundamento económico de las relaciones políticas, no le prestó gran atención a la relación entre propiedad de los medios de producción y lucha de clases.

Como Montesquieu, el Apóstol relacionó el amor a la patria con el amor a la modestia. La igualdad es la base de la república democrática:

La riqueza exclusiva es injusta. Sea de muchos; no de los advenedizos, nuevas manos muertas, sino de los que honrada y laboriosamente la merezcan. Es rica una nación que cuenta muchos pequeños propietarios. No es rico el pueblo donde hay algunos hombres ricos, sino aquel donde cada uno tiene un poco de riqueza. En economía política y en buen gobierno, distribuir es hacer venturosos.¹⁹

Se revela aquí la defensa de una equidad en las condiciones de vida y en las posibilidades de ventajas para todos. No como igualitarismo, sino como resultado del trabajo honrado y creador de cada hombre y mujer.

En el Partido Revolucionario Cubano se sintetizan estos ideales martianos acerca del poder y la democracia, entre ellos:

- La proyección de la revolución sobre las bases republicanas de democracia y representación, de respeto y equilibrio de los elementos reales del país.
- Composición de una república durable por la justicia, la paz y el trabajo feliz del hombre.
- Una obra política, alta y sostenida por su organización en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre y del pueblo nuevo sin distinción de razas, cultura o méritos personales. La "república con todos y para el bien de todos".
- La particularidad del Partido Revolucionario Cubano y sus conquistas como germen de la independencia definitiva de la república revolucionaria, organizada previamente sobre la base de los elementos naturales que componen la nación, y la vigilancia

constante de su destino.

- La esencia de la revolución es fomentar la honra común y las fuerzas necesarias para impedir cualquier manifestación de poder incontrolable.
- Desarrollar las capacidades legítimas del hombre sobre ideales de pueblo nuevo, sincera democracia, trabajo real y equilibrio de las fuerzas sociales.
- Sustitución del desorden económico por un sistema de hacienda pública que diversifique las actividades de sus habitantes.
- Un sistema electoral periódico, con amplia participación, así como métodos que mantenga al pueblo informado de los acontecimientos que competen a todos.

Aunque Martí deja claro que el Partido era para organizar la guerra, su concepción permite suponer que este estilo de gobierno debe caracterizar a la república. Lo más importante es cómo con ello enseña a los cubanos una nueva forma de organización política, un nuevo estilo de pensamiento fundamentado en la ciencia, la historia y la cultura. Todo lo cual ubica al Apóstol como uno de los pensadores más avanzados de la época en América Latina, que no se abraza a ningún proyecto o pensamiento preconcebido, pues elabora su propia respuesta a la problemática del poder político para Cuba.

Sin embargo, el pensamiento liberal en su totalidad no puede resolver el problema de la libertad al detenerse solo en lo político o económico, sin tener en cuenta los demás aspectos de la sociedad, principalmente el problema social.

José Martí analiza la libertad desde la perspectiva de la patria en su condición colonial, y desde otra vertiente, los impedimentos que limitan las libertades individuales y colectivas. Siempre parte de la libertad como necesidad de la esencia natural y social del hombre y de las relaciones entre los pueblos:

Un pueblo no es independiente cuando ha sacudido las cadenas de sus amos; empieza a serlo cuando se ha arrancado de su ser los vicios de la vencida esclavitud, y para patria y vivir nuevos, alza e informa conceptos de vida radicalmente opuestos a la costumbre de servilismo pasado, a las memorias de debilidad y de lisonja que las dominaciones despóticas usan como elementos de dominio sobre los pueblos esclavos.²⁰

No parte del mercado como la mayoría de los pensadores liberales, sino de las condiciones de desigualdad e injusticia, de explotación física y mental, propias del sistema de poder colonial que aplasta a la nación cubana, que como

comunidad humana definida por sus intereses y necesidades, exige nuevas formas de gobiernos y de relaciones entre los individuos. Se requiere un Estado constituido mediante la unión de todas las personas, bajo leyes que aseguren la libertad natural –como primera condición– así como las libertades civiles y políticas, donde el individuo es el centro directo en vínculo con los demás.

Más que una concepción de la política cotidiana, presenta un pensamiento filosófico, imprescindible para el proyecto emancipador, donde libertad es equidad individual y colectiva, es unidad de idea y conocimiento de la esencia conforme a modos reales de aprehensión. Son contrarios a la libertad el individualismo, el sometimiento, la autoridad infundada y la injusticia.

La libertad política implica soberanía nacional y posibilidades de participación sin inquisiciones discriminatorias o enajenantes. Exige una equidad de poder político entre todos los elementos de la sociedad para que la autoridad y las opiniones no se concentren en pocas manos.

Desde el punto de vista económico, la libertad nacional implica poseer una capacidad para producir diversos productos y comercializarlos con muchos pueblos, pues de ser con un solo país traería consigo la pérdida de la libertad. La proporción entre producción e intercambio con otros países es condición esencial para evitar el sometimiento extranjero. La sentencia martiana es:

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político.²¹

Martí critica el proceso de colonización cultural y la copia de culturas ajenas como las europeas y norteamericana, que en momentos de redefinición para Latinoamérica eran objeto de copia por muchos intelectuales y mandatarios. La libertad cultural es una de sus grandes preocupaciones, ante ello llama a la defensa de nuestra identidad y alerta del peligro de la recolonización por estas potencias económicas y políticas. Sus artículos sobre la Conferencia Interamericana de Washington y la Conferencia Monetaria Internacional y los textos conocidos como "Nuestra América", constituyen proyectos de emancipación y protección de nuestra cultura frente al imperialismo yanqui. El ideario martiano es de defensa a la cultura latinoamericana, que alejado de todo nacionalismo burgués, asume un carácter político en el enfrentamiento a todo tipo de explotación y discriminación.

Desde la perspectiva martiana, es necesario distinguir arbitrio y libertad: el primero es hacer lo que se quiere; lo segundo, en cambio, es hacer lo que se debe, que tiene valor por responder a un carácter auténticamente humano. A diferencia de Kant y Hegel, que oscilaron entre las dos verdades, Martí no las

ve por igual, pues la libertad para él solo adquiere forma y contenido en el grado de perfección humana:

Todo va acrisolándose por el ejercicio del bien, y convirtiéndose en esencia espiritual, presente aunque invisible. Todo es orden en las almas ya libres, cuya acción superior, e influjo directo, sienten confusamente en esta vida las almas irredentas. Edúquese lo superior del hombre, para que pueda, con ojos de más luz, entrar en el consuelo, adelantar en el misterio, explorar en la excelsitud del orbe espiritual.²²

La participación política determina la construcción de una sociedad propia de hombres libres, sin restricciones y obstáculos para desarrollar sus facultades y satisfacer sus necesidades, con autonomía y con la única dominación que presuponen las normas que establece el bien y el deber común: "La libertad política no estará asegurada, mientras no se asegure la libertad espiritual."²³

En Martí, la utopía está en manifestar la crítica y proponer alternativas para cambiar las condiciones de vida, a la vez, aporta una perspectiva realista al partir de las propias condiciones y potencialidades humanas. Con ello ofrece una concepción revolucionaria del progreso humano, pues todo lo piensa con miras a un futuro mejor.

Martí defiende la libertad de pensamiento, expresión y desarrollo de las facultades humanamente entendidas. Para él, el mejor gobierno no es el que menos gobierna, sino el que mejor se corresponde con la identidad del país y procura hallar soluciones reales a sus problemas.

La libertad constituye para nuestro Apóstol la esencia de la vida y de la personalidad humana, porque quien no tiene libertad no es enteramente hombre y quien priva de ella a un semejante carece de dignidad, pues su extinción equivale a la muerte moral del ser humano:

Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos; urge sacarlos del mal gobierno de la convención que sofoca o envenena sus sentimientos, acelera el despertar de sus sentidos, y recarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso. Solo lo genuino es fructífero.²⁴

Martí orienta la participación democrática hacia el servicio de los desposeídos. La obra de la república en el plano político, económico y social, está dirigida al ascenso humano de todos, con igualdad de oportunidades. Para todos se ha de hacer "la revolución de justicia y de realidad, para el reconocimiento y la

práctica franca de las libertades verdaderas".²⁵

La máxima martiana en la interpretación de la relación entre justicia y política, es que el deber de la política es elevar hasta la justicia a la humanidad injusta, para así conducir hasta el bien común y propiciar intereses virtuosos.²⁶ Para él la justicia no es determinada por una ley política, sino por la acción consciente de cada ciudadano. Le confiere un alto escaño al contenido ético, donde el deber individual y el colectivo adquieren la connotación de guías y reguladores de la participación en todas las esferas de la vida, especialmente en la política: la búsqueda y el sostén de la justicia han de ser obtenidos a través de acciones coordinadas en determinados niveles de normatividad y consenso, sin lo cual la libertad es libertinaje o tiranía.

A partir de aquí proyecta su ideal de república donde:

Se habrá de defender, en la patria redimida, la política popular en que se acomoden por el mutuo reconocimiento, las entidades que el puntillo o el interés pudiera traer a choque; y ha de levantarse, en la tierra revuelta que nos lega un gobierno incapaz, un pueblo real y de métodos nuevos, donde la vida emancipada, sin amenazar derecho alguno, goce en paz de todos.²⁷

José Martí es un hombre de su tiempo y devino síntesis de la cultura cubana, que promueve una filosofía de la liberación en beneficio de todos, sustentada en el bien común y la unidad revolucionaria. Su obra se convierte, por tanto, en la filosofía emancipadora y democrática por excelencia, que ha constituido el vehículo de la unidad revolucionaria del proceso cubano hasta nuestros días.

La filosofía política martiana, afincada en el hombre y sus cauces ético-políticos aprehensivos de la realidad, es una filosofía sui generis, que sintetiza la actividad cognoscitiva, valorativa y transformadora del hombre. Por eso en su devenir, conocimiento, valor y comunicación son temas de una unidad orgánica indisoluble. Su unicidad, que hace inseparables las conclusiones filosóficas de las ideas sociales, políticas, pedagógicas y de otros tipos, integra una cultura y un pensamiento original en torno al hombre y la sociedad, en tanto que el sentido filosófico de su política y político de su filosofía dan un nuevo carácter al pensamiento cubano, donde lo político, lo ético, lo estético superan especificidades propias para integrarse a una totalidad de dimensión cultural unitaria que irradia razón y sentimiento, ciencia y conciencia, oficio y misión.

Es un pensamiento crítico guiado por las potencialidades del hombre y su devoción al bien común. La política con un contenido práctico, gnoseológico y valorativo, funciona en la revelación de la esencia humana y de su realidad; pero privilegia la axiología, en tanto le acerca más a la transformación

revolucionaria de la sociedad. Para ello fundamenta un sistema de valores que dignifican la condición humana.

Las concepciones filosóficas de Martí están sustentadas en un humanismo de carácter axiológico, que tiene como esencia una comprensión totalizadora del mundo, capaz de dar respuesta a los problemas del hombre.

Como hombre fundacional, Martí propone la independencia radical, basada en la igualdad de todos los cubanos, sin distinción de raza, credo, posición socioclasista, sin despreciar las raíces españolas ni permitir la intromisión de las naciones ricas, y menos de Estados Unidos, en los asuntos internos de Cuba, en un momento en que se avizoraba la recolonización de América. En su pensamiento político, independencia nacional, latinoamericanismo y antimperialismo convergen en un solo fin.

El valor que tiene la filosofía política de José Martí, no está dado por la coincidencia o cercanía que pueda tener con las ideologías más revolucionarias actuales, sino por ver hasta dónde sus puntos de vista son previsores y germinales de los posteriores procesos. Previsor de las tendencias del desarrollo mundial, nos presenta el paradigma de la independencia total de Cuba como vía para la solución de los problemas del hombre y la nación.

Es indiscutible que estamos en presencia de una política de alto vuelo cogitativo. Una filosofía fundada en una rica cosmovisión humanista, que hace del hombre y su espiritualidad, motivo central. La filosofía política martiana trasciende y se vigoriza por su fuerza conceptual y humana. En su concepción la política real, del hombre y para el hombre, es inseparable de la cultura. Por eso no separa conocimiento, valor, praxis y comunicación: en su filosofía política, constituyen una unidad indisoluble. La unidad entre la razón y los sentimientos, otorga entidad concreta a la filosofía política martiana. Nunca separa al pensador del que siente, pues cultura, además de sus múltiples aspectos componentes, es ante todo, sensibilidad.

En fin, para Martí, la verdadera política debe estar sustentada en una cultura de propósitos y cultivo humano, para poder constituirse en empresa de las grandes masas: "Con todos y para el bien de todos".²⁸



¹ José Martí, Obras completas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 19, p. 359.

² *Ibidem*, t. 18, p. 357.

³ *Ibidem*, t. 13, p. 104.

⁴ Al respecto Cintio Vitier nos dice: "Martí asimilará ingredientes sustantivos del cristianismo, el estoicismo, el hinduismo, el platonismo, el krausismo, el positivismo, el romanticismo y el trascendentalismo emersoniano; incluso propondrá en varias ocasiones una síntesis superadora de la contradicción entre el materialismo y el espiritualismo; pero todos esos ingredientes o polarizaciones no serán los datos de una tesis conciliadora sino que encarnarán en la univocidad de su espíritu, arrastrados por el impulso ascensional de su acción revolucionaria [...] Porque el factor decisivo de su pensamiento no le viene de los pensadores: le viene de los héroes y los mártires." (Ese sol del mundo moral, Ediciones Unión, La Habana, 1995, pp. 78-79.)

⁵ J. Martí, ob. cit., t. 21, p.16.

⁶ Paul Estrade en José Martí, militante y estrategia, realiza un estudio detallado de esta etapa. (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983.)

⁷ Pedro Pablo Rodríguez en "La ideología de la liberación nacional en Martí", realiza un análisis al respecto y hace énfasis en una ruptura teórica con el liberalismo. (Anuario Martiano, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1972.)

⁸ J. Martí, ob. cit., t. 19, pp. 106-107.

⁹ P. P. Rodríguez, "El proyecto de José Martí: una opción ante la modernidad", Nuevo Humanismo, Universidad Nacional de Heredia, Costa Rica, 1994, p. 8.

¹⁰ J. Martí, ob. cit., t. 2, p. 380.

¹¹ *Ibidem*, t. 10, p. 449.

¹² *Ibidem*, t. 6, p. 17.

¹³ *Ibidem*, t. 20, p. 37.

¹⁴ En carta al general Máximo Gómez, del 20 de octubre de 1884, Martí le advierte: "Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento [...]." (Ob. cit., t. 1, p. 177.)

¹⁵ *Ibidem*, t. 6, p. 19.

¹⁶ *Ibidem*, t. 14, p. 369.

¹⁷ *Ibidem*, t. 14, p. 95.

¹⁸ *Ibidem*, t. 6, p. 20.

¹⁹ *Ibidem*, t. 7, p. 134.

²⁰ *Ibidem*, t. 6, p. 209.

²¹ *Ibidem*, p. 160.

²² *Ibidem*, t. 12, p. 504.

²³ *Ibidem*, t. 18, p. 290.

²⁴ *Ibidem*, t. 7, p. 230.

²⁵ *Ibidem*, t. 4, p. 272.

²⁶ *Ibidem*, t. 12, p. 57.

²⁷ *Ibidem*, t. 1, p. 319.

²⁸ *Ibidem*, t. 4, p. 279.